

El espíritu de Porto Alegre y la izquierda mundial

(En recuerdo de Andre Gunder Frank)

Immanuel Wallerstein

El muy dilatado itinerario de Andre Gunder Frank como científico social estuvo marcado por una constante inamovible. Fue siempre una persona comprometida con un programa político de izquierdas y que siempre analizó la evolución de la situación mundial coetánea desde la perspectiva de un activista-académico de izquierdas. Creo que el mejor tributo que yo puedo rendirle es hacer eso mismo. El padre de Gunder, Leonhard Frank, renombrado novelista y hombre de letras, escribió hacia el fin de sus días una novela basada en su propia vida. El título era *Links, wo das Herz ist* («Mi corazón está en la izquierda»). Ese sería el título más apropiado de la autobiografía, jamás escrita, del propio Gunder.¹

Un programa de izquierdas es algo muy difícil de construir. Por una razón: en realidad hay que construirlo en tres marcos temporales distintos, que denominaré la larga duración, la media duración y la corta duración. Muchos de los argumentos que pueblan los debates estratégicos de la izquierda confunden esos tres marcos temporales y, por ello, lo que se discute son cosas distintas. Intentaré hablar de esos tres marcos temporales, pero también hacerlo uno por uno. Cuando me ocupe, no obstante, de los próximos veinticinco años, de lo que estaré hablando es de la media duración, que creo que es el periodo crucial que es preciso clarificar.

• Artículo publicado en *MR*, vol. 60, n° 2, junio de 2008, pp. 50-61. Traducción de Joan Quesada. Immanuel Wallerstein es académico investigador *senior* en la Universidad de Yale. Recientemente ha publicado *Universalismo europeo: el discurso del poder* (Madrid, Siglo XXI, 2007). El presente artículo procede de la participación del autor en la conferencia «El legado de ciencia crítica de Andre Gunder Frank», Universidad de Pittsburgh (EEUU), 11-13 de abril de 2008.

Para comprender lo que intento afirmar, hay que pensar antes en el contexto de sistema-mundo en el que debe construirse cualquier clase de programa. He sostenido en numerosos artículos y libros recientes que la economía-mundo capitalista, nuestro sistema-mundo moderno, atraviesa por una crisis sistémica, con lo que quiero decir que estamos ante algo muy distinto tanto de los reiterados declives o estancamientos económicos que constituyen una característica incrustada en su forma de funcionar, como del tipo de procesos que permiten el surgimiento de nuevas potencias hegemónicas.² Lo que yo denomino crisis sistémica es algo que solo tiene lugar una vez en la historia de un sistema histórico. Se produce cuando los mecanismos existentes para devolver el sistema a un cierto tipo de equilibrio dejan de funcionar adecuadamente y se puede apreciar cómo el sistema se aleja del equilibrio y se vuelve, por tanto, «caótico». Utilizo «caos» aquí como término técnico que describe una situación en la que un sistema fluctúa desenfrenada, errática y gravemente. Llegado a ese punto, el sistema se «bifurca» y lo que sigue es una intensa lucha sobre qué vía se seguirá entre dos vías alternativas hacia un nuevo orden sistémico.³ El resultado de esa lucha es intrínsecamente impredecible. O, dicho de otro modo, es igualmente posible que el sistema que se bifurca acabe tomando una vía como la otra. Así pues, la lucha no tiene que ver con sobre si debe mantenerse o no el presente sistema capitalista, ya que este no puede sobrevivir, sino que es sobre qué clase de sistema-mundo (o sistemas-mundo) lo sustituirá. Por los motivos que explicaré, yo a eso lo denomino una «lucha»: la lucha entre el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre.

Creo que estamos ya inmersos en esa crisis sistémica y que, en veinticinco años (o entre veinticinco y cincuenta años), el tema de la elección de sustituto habrá quedado resuelto. Nos encontraremos en otro tipo de sistema, que puede que sea mejor, pero también peor que el sistema actual. La larga duración será lo que salga de esa elección histórica. Se refiere, por lo tanto, a ese otro mundo que es posible, por utilizar el eslogan del Foro Social Mundial (FSM). La larga duración es lo que han delineado los múltiples diseños de utopías. Personalmente, creo que la larga duración solo puede debatirse en términos muy generales. Y defino un sistema-mundo mejor como un sistema que sea relativamente democrático y relativamente igualitario. Históricamente, ningún sistema-mundo ha sido ni democrático ni igualitario de manera significativa. Un sistema de esas características sería claramente distinto de todos los sistemas-mundo históricos anteriores.

No creo que se pueda decir mucho más al respecto. No creo que podamos definir de antemano las estructuras institucionales que producirían un

mundo más democrático, más igualitario. Podemos bosquejar cuantos modelos utópicos deseemos. No creo que eso importe, porque no creo que bosquejar dichos modelos tenga demasiado impacto sobre lo que emerja en la realidad. Probablemente, lo máximo que podemos hacer es presionar en una determinada dirección que creemos que podría ser útil.

La corta duración es más interesante. Todos vivimos en la corta duración. A todos nos preocupa, nos preocupa mucho, de hecho, la corta duración. Comemos, nos vestimos, trabajamos, dormimos, hacemos el amor y sobrevivimos en la corta duración. También estamos alegres o tristes, ofendemos o nos ofenden, entretenemos a los demás o nos entretienen a nosotros, en la corta duración. La corta duración es lo que la mayoría de la gente piensa que es la vida. Y para muchas personas, tal vez incluso para la mayoría de ellas, la corta duración no es un fenómeno político. Probablemente sea un error de percepción de quienes se consideran apolíticos, ya que en realidad los más y los menos de nuestras vidas están muy notable y continuamente determinados por las realidades políticas cambiantes.

Quienes discuten sobre programas políticos tienen una larga lista de decisiones a adoptar sobre la corta duración, es decir, para este año y el siguiente como mucho. ¿Votamos o no? Y si lo hacemos, ¿a quién o a qué partido? ¿Firmamos una petición, escribimos una carta o participamos en una manifestación? ¿Hacemos huelga, o apoyamos una huelga? ¿Confesamos o no a los vecinos u otras personas nuestras opiniones políticas? ¿Nos organizamos en torno a esto o a aquello? Y si nos organizamos, ¿lo hacemos en el ámbito local o en un ámbito más amplio? ¿Nos procuramos armas? La lista se puede alargar indefinidamente. Es una lista muy larga. Además, las discusiones sobre qué hacer y qué no en la vida diaria son bastante apasionadas. No solo tendemos a defender nuestra opinión sobre cuáles son las decisiones adecuadas, sino que con frecuencia denunciarnos a quienes no están de acuerdo con nosotros, sobre todo si también afirman ser «de izquierdas».

Y no obstante, no podemos esquivar todas esas decisiones cotidianas. Abstenerse de ellas es también en sí mismo una decisión. Sea como sea, la arena política está omnipresente, es algo permanente y, con bastante frecuencia, desbordante. Algunos de nosotros somos «activistas», y la palabra misma resulta instructiva. ¿Activos en oposición a qué? Supongo que en oposición a «pasivos». Sin embargo, los activistas suelen ser solo una minoría de la población mundial. La gran mayoría parece que se deje llevar por la corriente. Pero eso puede ser engañoso. Las personas de la mayoría pasiva con frecuencia se irritan y se ponen de mal humor, y, en ciertas circunstancias, pueden explotar y tornarse muy activas de hecho. En reali-

dad, los activistas a plena dedicación cuentan con la posibilidad del estallido popular, aunque la experiencia ha demostrado que tales estallidos suelen producirse inesperadamente y no normalmente como consecuencia de la instigación activista.

Aun así, cuando nosotros los activistas reflexionamos en un momento particular sobre decisiones tomadas años atrás, lo habitual es que quedemos consternados por lo estúpidas que fueron. Es bastante normal que las consecuencias discrepen de lo esperado, lo que solo sirve para alentar a quienes en aquel momento recomendaban otras decisiones. Y abundan las denuncias. A quienes defendían opciones «reformistas» o «estatistas» se los acusa de venderse a las fuerzas del *establishment*. Y a quienes defendían opciones «radicales» o «insurreccionales» se los acusa de «infantilismo izquierdista».

En esos intercambios de acusaciones el análisis serio tiende a pasar a segundo plano. Raras veces se entra a analizar en profundidad por qué determinadas elecciones de corta duración no salieron como se esperaba. Así, permítaseme presentar dos argumentos que no hay duda de que serán impopulares. El primero reza así: en la corta duración, no solo deberíamos defender el mal menor, sino que no nos queda otra opción, en ningún caso. Todo el mundo sin excepción escoge el mal menor, y solo discrepamos sobre qué opción es la que representa el mal menor.

Está claro que no queremos escoger el mal mayor. Por supuesto, en qué consista el mal menor en una situación particular dependerá de la situación. No existen fórmulas para responder a eso. Con frecuencia se trata de votar a un partido emplazado a la izquierda del centro, en lugar de a uno situado a la derecha de dicho centro. A veces se trata de apoyar a un partido ubicado a la «izquierda de la izquierda», cuyo contundente resultado electoral puede tener un impacto inmediato. Y otras veces tal vez el mal menor sea abstenerse de votar. Escoger el mal menor siempre desprende un cierto olor a aguantar la respiración y comportarse de manera «realista». La opción del mal menor en la corta duración no solo guarda relación con el voto. Se aplica también a huelgas, manifestaciones y a la lucha armada. Por lo tanto, si alguien te acusa de haber escogido el mal menor, hay que ser consciente de que esa persona también está escogiendo el mal menor, solo que su elección es distinta de la tuya.

El segundo argumento es el siguiente: ningún movimiento con un programa de media duración tendrá posibilidad alguna de lograr el apoyo popular que necesita si sus partidarios se niegan a escoger el mal menor que satisfaga las necesidades y expectativas del pueblo en general. La gente vive en la corta duración por encima de todo. Y la mayoría de la gente es

bastante «realista» con respecto a sus necesidades aquí y ahora. Por muchas promesas que se hagan sobre la media duración, estas no arrastrarán a la mayoría de la gente si se ignoran sus necesidades de corta duración. Además, todos debemos ser francos sobre el hecho de que escogemos lo que pensamos que es el mal menor. En realidad, hay dos cosas que debemos explicar: se trata del mal menor por esta o aquella razón, y su elección, por muy necesaria que sea en la corta duración, no tendrá ningún efecto medible en la media duración. No salimos a la calle a festejar cuando se impone la elección de lo que nosotros consideramos que es el mal menor. Suspiramos aliviados, y eso es todo.

Es en la media duración donde se sitúan las acciones significativas para un programa de izquierdas. Y, por muy extraño que parezca, me da la impresión de que la media duración es el campo de batalla históricamente más ignorado en los debates sobre los programas de izquierdas. Las acciones en la media duración son menos estimulantes que los debates sobre la larga duración, y aparentemente menos «activas» que las acciones en la corta duración. La media duración implica una mezcla de trabajo preparatorio sostenido (lo que se conoce como educación política) y de presiones constantes sobre los poderosos (lo que se conoce como construcción de movimientos) junto con una gran paciencia para ver la cristalización de todo ese trabajo. El famoso eslogan de Gramsci «pesimismo del intelecto, optimismo de la voluntad» es exactamente cierto. Porque el optimismo nos empuja a emprender lo que a menudo el pesimismo nos dice que parece, y que a veces es en realidad, una tarea sisífrica. Como ha señalado Eqbal Ahmad: «El pesimismo del intelecto es un llamamiento a adoptar un genuino realismo en la comprensión de la realidad, y el optimismo es un llamamiento a comprometerse con el bien común».⁴

Las reglas sobre la media duración son justamente opuestas a las reglas de la corta duración. Si en la corta duración todos estamos involucrados en pactos (muchos de ellos incómodos), en la media duración no deberíamos hacer pactos incómodos. Deberíamos presionar únicamente por todo aquello que es importante en vistas a transformar el sistema, aunque la recompensa no sea inmediata. Solo si somos realmente militantes podremos tener algún efecto. La militancia también requiere realismo, pero un realismo de una clase bastante diferente del realismo que requiere la elección de mal menor en la corta duración.

El realismo en la comprensión de la realidad incluye tanto la lectura de la historia (en particular, de los esfuerzos pasados por transformar el mundo) como la lectura del impacto que teniendo la historia pasada en la psicología social de las fuerzas populares en general y de los cuadros acti-

vistas. Hemos atravesado por al menos doscientos años de intentos de transformar el mundo, bien sea mediante las llamadas «revoluciones», bien por medio de intentos de utilizar las urnas para acceder al poder del Estado y, de ese modo, legislar para efectuar la transformación. No podemos decir que ninguna de ambas estrategias haya tenido mucho éxito en términos generales.

Ha habido revoluciones (casi) insurreccionales, algunas realizadas por movimientos autodenominados comunistas, otras por movimientos llamados de liberación nacional. Y ha habido incontables victorias políticas de movimientos socialdemócratas no-insurreccionales. Se hace difícil pensar que alguno de ambos tipos de intentos haya tenido éxito en transformar el mundo.⁵ Eso no significa que no hayan logrado algunas cosas positivas. Con bastante frecuencia han supuesto el mal menor en la corta duración. Pero, retrospectivamente, hoy ya no salimos a la calle a celebrar ninguno de esos dos tipos de victorias. O, al menos, la mayoría de nosotros no lo hacemos. Y hoy en día, en el siglo XXI, la cantidad de personas que depositan su fe en esas estrategias básicamente decimonónicas es más bien reducido.

A mi entender, el punto de inflexión en la percepción de las estrategias factibles fue la revolución mundial de 1968. Me da la impresión de que los revolucionarios, tanto en el mundo paneuropeo como en el antiguo bloque socialista o en el Tercer Mundo, estaban expresando todos ellos su profundo escepticismo con respecto al éxito de esas dos estrategias y con respecto a su viabilidad para triunfar en el futuro. No rechazaban las utopías de larga duración. Más bien, exigían una nueva forma de contemplar las estrategias para la media duración.

En los años transcurridos desde 1968 ha habido un gran debate sobre dichas estrategias. El debate ha estado aquejado de falta de distinción explícita entre esos tres marcos temporales que yo sugiero que son esenciales para pensar con claridad. Solo con la creación del FSM en 2001 ha aparecido una estructura dentro de la cual tal vez sea posible desarrollar una estrategia alternativa para la media duración.

El FSM es una clase de organización muy extraña, si es que podemos decir que sea una organización. Afirma ser una estructura «horizontal». Dice que su principio básico es el de ser un «espacio abierto». El término «horizontal» se utiliza en oposición a «vertical». El argumento es que las grandes organizaciones nacionales e internacionales de los siglos XIX y XX eran todas estructuras «verticales» por el hecho de que eran jerárquicas, con burocracias y cargos, con unos estamentos oficiales de puestos políticos y con afiliados. Tal vez las diversas organizaciones difirieran entre sí en el grado de disciplina que imperaba en su seno, así como en el grado de

debate colectivo que permitían en su interior, pero todas eran organizaciones políticas dedicadas a algún tipo de acciones en el terreno político.

Esas organizaciones verticales tenían otra característica. Insistían en exigir una lealtad por encima de cualquier otra filiación, y reclamaban para sí la primacía en el terreno político. Si había otras organizaciones con programas específicos (como organizaciones de jóvenes o de mujeres, o movimientos pacifistas), dichas organizaciones solo se consideraban legítimas por la organización vertical más amplia si ocupaban un nicho en su interior en forma de grupos subordinados o especializados. La primacía de ese tipo de organizaciones verticales amplias implicaba que las relaciones de estas con cualquier otra organización de la misma área geográfica que no ocupara un nicho en su interior solo podía ser, como máximo, de alianza táctica temporal.

En oposición a esa clase de organización, el FSM, como estructura horizontal, se ha construido como un foro abierto. Es decir, es una estructura sin cargos, sin burocracia (o con solo un esqueleto de esta), sin una proclama pública de posturas políticas y con un debate abierto y constante. El FSM se autodefinió como un punto de encuentro de todos cuantos rechazaban «la globalización neoliberal y el imperialismo en todas sus formas». Además, quedaban excluidos de él, al menos en teoría, los partidos políticos y los movimientos armados. Por supuesto que todas esas especificaciones constituían ya una toma de postura política, pero se trataba de una postura muy laxa y, debido a su carácter horizontal, el FSM tiene muy poco control sobre las personas que de hecho asisten a sus reuniones.

¿Cuáles eran las razones para engendrar un animal tan curioso? El argumento rezaba del siguiente modo. El FSM permitía que todas las organizaciones que deseaban un cambio fundamental del sistema-mundo se reunieran, intercambiaran opiniones, aprendieran las unas de las otras y, tal vez por encima de todo, que aprendieran a tolerarse mutuamente. Las organizaciones podían ser internacionales, continentales, regionales, nacionales o locales. Las discusiones se desarrollarían en una multitud de sesiones en grupos tanto grandes como pequeños que, a partir de la tercera reunión, han sido organizados desde la base. Es decir, cualquier organización, sola o en conjunción con otras, podía organizar una sesión sobre cualquier tema que creyera importante, escoger a los oradores o a los miembros de la comisión e invitar a todo el mundo a asistir.

¿Qué resultados ha arrojado ese tipo de estructura? El primero de ellos ha sido su replicación en otros niveles. Se han convocado ya incontables foros sociales continentales, regionales, nacionales y locales, además de los foros conocidos como temáticos. Esos otros foros han sido todos ellos fruto

de la autoorganización, y no han requerido del permiso de FSM de escala universal para hacer lo que deseaban hacer. Y la mayoría de ellos, si no todos, han reproducido el mismo modelo organizativo.

El segundo resultado ha sido la ampliación geográfica de la participación en el propio FSM de escala universal, así como el aumento del número efectivo de asistentes. El primer FSM era de composición básicamente latinoamericana y europea occidental, y contó con la asistencia de unas diez mil personas. Los que han seguido han llegado a implicar a participantes de Norteamérica, del Asia meridional, del Asia oriental y de África, y la cifra de asistentes ha llegado a las 200.000 personas. Sin embargo, todavía existen vacíos geográficos, como es el caso de la inadecuada participación de la Europa Central y del Este, de Rusia y de China. A pesar de ello, el círculo no ha dejado de ensancharse.

El tercer resultado ha sido la mejora continua de la forma de organización del FSM: la organización de comisiones desde la base (ya mencionada), el aumento de la transparencia en la forma de adoptar las inevitables decisiones sobre organización y la creación de espacios explícitos para el encuentro de «redes» de organizaciones y la organización de actividades conjuntas.

El FSM es un medio tumultuoso, no tanto por las diferencias políticas como por las discusiones sobre estrategia. Desde el principio ha habido quien se ha sentido molesto por la horizontalidad de la estructura. Esta ha sido cuanto menos exageradamente horizontal, piensan algunos. También se ha dicho que el FSM debería hacer algo más que «hablar»: debería pasar a la acción. Y, para muchos, lo que significa la acción es avanzar hacia la verticalidad, hacia unas posturas políticas explícitas y hacia la organización explícita de acciones políticas. Quienes se han resistido a todas esas demandas dicen que eso implicaría que, como ha pasado con todas las «internacionales» anteriores, el FSM evolucionaría inevitablemente hacia la exclusión, con lo que caería en la estrategia que, según ellos, tan manifiestamente ha fracasado en la historia.

El debate ha sido incesante y acalorado, si no incluso enconado. Y parece que ha aparecido una solución de compromiso: mantener el FSM como un foro abierto, a la vez que permitir el funcionamiento en su seno de redes específicas, redes que, de hecho, toman partido y organizan actividades políticas. No estoy seguro de cuál será el resultado de ese debate, o de si el FSM seguirá siendo el enclave central de la actividad mundial de izquierdas o acabará siendo, como alguien lo ha definido, un mero «momento» en la historia de la actividad mundial de la izquierda. Creo que, más que intentar predecir o prescribir un futuro para el FSM, sería más convenient-

te discutir qué tipos de actividad política tendrían sentido en términos de efectividad en la media duración.

Cuando hablo de dos bandos opuestos en la lucha por decidir el resultado de la bifurcación, a saber, el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre, quiero decir algo más específico. Davos, o el Foro Económico Mundial, se reúne desde 1971, lo que es justo después de la revolución mundial de 1968. Pretende reunir a la élite del sistema-mundo: capitalistas, líderes políticos, grandes figuras mediáticas, celebridades con conciencia política e intelectuales del *establishment*. Podría decirse que es también un foro abierto y, recientemente sobre todo, los debates en su seno han sido al menos tan acalorados como los del FSM. El espíritu de Davos es el de preservar un mundo que es jerárquico y desigualitario. Y, en la medida en que el capitalismo como sistema no puede ya garantizar tales principios, sus miembros más sofisticados están claramente dispuestos a concebir sistemas alternativos. Lo esencial no es ni la empresa privada ni el desarrollo económico, sino tan solo lograr garantías políticas, económicas y culturales para los estratos superiores del sistema-mundo. El espíritu de Porto Alegre es justo el contrario. El espíritu de Porto Alegre encarna en la actualidad lo que podríamos designar como la izquierda mundial.

Si queremos un mundo que sea relativamente democrático y relativamente igualitario, debemos edificarlo, o edificar las posibilidades para alcanzarlo, presionando a favor de una mayor democratización y un mayor igualitarismo. Examinemos ambos conceptos. Democracia significa, según su origen etimológico, «gobierno del pueblo». El pueblo no es un grupo específico dentro de la democracia. Se supone que somos todos y cada uno. Y, pase lo que pase en la actualidad, no se puede decir que las decisiones políticas que se adoptan intenten ser reflejo de los deseos de todos, ni siquiera de la mayoría de las personas. En el mejor de los casos, contamos con un sistema de representación parlamentaria en el que los votantes (que, en cualquier caso, se suelen definir como un grupo menor que la totalidad de la población adulta) escogen cada x número de años a un pequeño grupo de personas que toman las decisiones según creen más conveniente, y que en la mayoría de los casos están pendientes de las posibilidades de ser reelegidos (algo para lo que, como ya sabemos, hace falta mucho dinero entre otras cosas).

Y ahora, ¿qué es lo que nos llevaría en otra dirección? Es bastante evidente que organizar a quienes históricamente han quedado excluidos de esa ecuación es un elemento esencial para ello. Y, por supuesto, sobre todo en los últimos cuarenta años, se ha dado mucho ese tipo de organización: organizaciones de mujeres, de sustratos étnico- raciales y religiosos, de sus-

tratos sexuales y de edad y de pueblos indígenas. Sin embargo, esta generación de movimientos sociales no ha sido probablemente suficiente. En la medida en que todos esos grupos se expresan con fuerza y hacen oír su voz, debilitan las estructuras no-democráticas existentes en las que vivimos. Y eso, a su vez, refuerza la determinación sociopsicológica de dichos grupos. Es eso lo que suele expresarse subsumido bajo la palabra inglesa *empowerment* [dotación o adquisición de poder].

Pero existen aquí claros peligros. El primero de ellos es que todos esos grupos interpreten sus logros en términos de la admisión de su grupo particular en las altas instancias políticas, en lugar de hacerlo en términos de una voz más fuerte para el *demos* en su conjunto. Y el segundo es que aparezca la competencia de los oprimidos entre sí y cada uno de esos grupos reivindique su mensaje parcial a expensas o por encima del mensaje parcial de otros sustratos. Solo mediante la creación de alianzas sólidas entre todos esos grupos diversos en el plano local es posible erosionar la presente monopolización del poder social y político por parte de los grupos dominantes.

Hay que hacer que la «mayoría» crezca y sea más inclusiva en todo el tablero. Por extraño que parezca, la verdadera forma de ampliar la mayoría es defendiendo el derecho de los diversos sustratos a la autonomía sociocultural (que puede ser también autonomía sociopolítica). Y eso solo se puede hacer realmente en la medida en que los miembros de cada sustrato en particular cuestionen la toma de decisiones de sus propios líderes, que a menudo es oscura y está envuelta en el secreto.

Claro está que nada de eso resulta fácil y que hay muchos arenales que cruzar. Es por eso por lo que cualquier tipo de estructura vertical contiene en sí misma, inherentemente, su propia derrota. Lo que se necesita son miles de acciones locales constantes por parte de múltiples grupos distintos. Es de esa forma, y solo así, como se puede llegar a minar la pseudolegitimación de la estructura existente. Esa ha sido hasta ahora la principal virtud del FSM, aunque, como es evidente, el mundo del FSM ha resultado manifiestamente insuficiente.

Por lo que luchan esos grupos es por una definición realista de los derechos (todos esos derechos consagrados por las múltiples constituciones liberales que casi todos los países han aprobado en la actualidad, y que son constantemente ignorados, erosionados o, directamente, violados) por parte de los poderes legislativo y ejecutivo y del propio poder judicial que se supone que debe defenderlos e imponer su cumplimiento. Lo que se exige es que se ejerza presión, más presión, una presión inflexible en defensa de todos esos derechos que teóricamente ya han sido adquiridos. Y, después, que se ejerza presión, más presión, una presión inflexible en

defensa de cualesquiera que sean los derechos que aún no han quedado consagrados en dichos documentos.

Claro que eso implica insistir una y otra vez en las reivindicaciones relativas a la distribución. Es ahí donde interviene la ofensiva igualitaria. Las reivindicaciones igualitaristas básicas de los últimos dos siglos han sido a favor de (1) la educación, entendida como la vía hacia un trabajo recompensante y recompensado; (2) los servicios sanitarios, entendidos como la prevención, el cuidado y la cura de disfunciones biológicas; y (3) la garantía de una renta vitalicia, entendida como el mantenimiento de un nivel de renta digno durante toda la vida, desde la infancia hasta la vejez. Lo que la izquierda desea es más de todo eso, y más ahora mismo, al precio social de reducir otros gastos.

Para llegar a estar ni siquiera cerca de eso, es necesario, no solo redistribuir la riqueza existente, sino cambiar la percepción de las prioridades sociales del gasto. Es aquí donde deben plantearse las reivindicaciones de carácter geopolítico, pacifista y ecologista, todas las cuales cuentan con movimientos propios que presionan a favor de todas esas cuestiones. Sin embargo, si todos esos movimientos no integran sus demandas en la ofensiva básica subyacente en defensa del igualitarismo que encontramos en los movimientos populares, y aún más en el subconsciente popular, entonces todos esos movimientos dejan de ser útiles.

Y llegamos así a una variable crucial: la ideología del crecimiento como opuesta a la ideología de una distribución plausible y suficiente. El crecimiento desenfrenado no es la solución a nuestros dilemas, sino probablemente la causa primordial de ellos. Y cuestionar la ideología del crecimiento es uno de los elementos centrales de una organización realista de media duración.

¿Hay algo más que podamos hacer? Sin duda. En una discusión previa de cómo debería ser el programa político de las izquierdas, yo sugería tácticas como obligar al centro liberal a cumplir con sus propias premisas teóricas, convertir el antirracismo en una característica básica de la democracia y avanzar hasta donde se pueda en la desmercantilización de las actividades actualmente mercantilizadas, así como evitar la mercantilización de lo que tradicionalmente se ha considerado no-mercantilizable (cosas como el acceso al agua o la reproducción humana).⁶ Lo importante en cada uno de esos ámbitos es que exista una fuerte presión organizada en cada una de esas direcciones. Aunque no se consiga inmediatamente que los objetivos se hagan realidad, sí que se incide sobre el ambiente político general y, por lo tanto, sobre el balance de fuerzas, y se hace que sea más factible lograr que la bifurcación se precipite en la dirección que deseamos.

Personalmente, cada día tengo noticia de cosas nuevas que los diversos grupos sugieren, ponen en práctica o se disponen a poner en práctica. La imaginación organizativa de los múltiples sustratos del sistema-mundo es bastante considerable, siempre que no actuemos para reprimirla. Es difícil que los propios activistas se dejen aconsejar por el *demos*, al que tienden a considerar demasiado pasivo y mal informado políticamente. Sin embargo, si despertamos al gigante dormido, tal vez resulte ser un gigante dormido muy constructivo.

La media duración es un terreno de lucha política, en realidad, de lucha de clases, siempre que tengamos una idea relevante de quiénes y cuáles son las clases que toman parte en la lucha. Una clase es cuestión de algo más que ocupación, riqueza o forma de remuneración del trabajo. Raza, género y etnia no son elementos separados de la clase, ni tampoco entidades de análisis sustitutivas. Raza, género y etnia son todos ellos parte de la compleja composición social de las clases. Sin embargo, después de redefinir la clase en tales términos, donde estamos en realidad es en una lucha de clases. Y es por eso por lo que no tiene ningún sentido político, por ejemplo, que una estructura como el FSM entre a discutir, debatir y sellar pactos sociales con los componentes del Foro Económico Mundial de Davos. Aquí no se trata de buscar el mal menor. Estamos en lucha por la transición a un sistema-mundo diferente.

Así que permítaseme que retome mi idea de lo que debemos hacer para conseguir tener un programa político de izquierdas. Tenemos que definir los objetivos lejanos en términos significativos aunque, todavía, muy generales. No tenemos ni podemos tener una idea precisa de cuáles son las estructuras apropiadas para el sistema-mundo mejor que queremos construir. Y no deberíamos fingir que la tenemos. Esa fue una de las grandes virtudes históricas de Marx. Nunca pretendió ser capaz de diseñar el aspecto que efectivamente tendría el mundo «comunista» en términos institucionales.

Por lo que respecta a la corta duración, tenemos que tener muy presente que no hay nunca nada más que el mal menor. Y tenemos que estar dispuestos a participar en todo momento en la búsqueda del mal menor, tal y como este viene definido por las poblaciones oprimidas del mundo. Si no lo hacemos, lo que obtendremos será el mal mayor, y siempre hay un mal mayor. El trabajo en la corta duración es primordialmente defensivo. Se trata de evitar que las cosas empeoren. Se trata de preservar los logros ya alcanzados.

Sin embargo, lo más importante es que debemos recordar que, en lo tocante a la media duración, los próximos veinticinco años, estamos en una

época de transición. En esa transición, la cuestión ya no es si queremos sostener o no un sistema capitalista, sino qué será lo que venga a reemplazarlo. Y tenemos que trabajar muy intensamente, y muy inflexiblemente, para presionar en la dirección de un sistema-mundo más democrático y más igualitario. No podemos construir ese sistema en la media duración. Lo que podemos hacer es posibilitar las múltiples actividades políticas que acabarán haciendo que la balanza se incline en contra del grupo de los más ricos, mejor organizados y mucho menos virtuosos: aquellos que desean mantener o, incluso, reforzar, una nueva variante de los sistemas jerárquicos y polarizadores que hemos tenido hasta ahora. Su sistema no será el capitalismo; sería algo probablemente peor.

Debemos recordar, por último, que el resultado de la lucha en la caótica transición actual no es en modo alguno inevitable. Lo forjarán la totalidad de las acciones que todos llevemos a cabo en todos los bandos. Nuestras posibilidades de prevalecer son solo del cincuenta por ciento. Podemos pensar que ese cincuenta por ciento es un porcentaje lamentablemente bajo. Yo creo que es una gran oportunidad que no debemos dejar escapar.

Notas

1. Digo «jamás escrita», a pesar de que existe en la web un texto breve titulado «Personal is Political Autobiography» [Autobiografía basada en que lo personal es político] y de que en su «On-line-Essays and Other Archives» [Escritos *online* y otros archivos] hay una sección titulada «Autobiographical Essays» [Escritos autobiográficos] que contiene diez textos. Sin embargo, no existe una autobiografía con todas las de la ley.
2. Véase «La imagen global y las posibilidades de la evolución del sistema-mundo, 1990-2025», *Revista mexicana de sociología*, LXI, 2, abril-junio 1999, pp. 3-34, y «El sistema-mundo moderno en crisis: bifurcación, caos y opciones», en Immanuel Wallerstein, *Análisis de sistemas-mundo: Una introducción*, Madrid, Siglo XXI, 2003, cap. 5.
3. Uso los términos en el sentido que les otorgó Ilya Prigogine. Véase su *El fin de las certidumbres*, Madrid, Taurus, 1996.
4. Eqbal Ahmad, *Confronting Empire: Interviews with David Barsamian*, Cambridge (Massachusetts), South End Press, 2002, p. 152.
5. He argumentado detalladamente esta postura en *Utopística o las opciones históricas del siglo XXI*, México, Siglo XXI de México, 1998, sobre todo en el cap. 1.
6. Immanuel Wallerstein, «Una política de izquierda para una época de transición», *Iniciativa socialista*, XIV, n° 64, 2002, p. 54-59. Una versión sintética se puede encontrar en el capítulo 9 de AA.VV., *Movimientos de resistencia al capitalismo global*, Monthly Review. Seleccionaciones en castellano, n° 3, Hacer-Món3, Barcelona, 2005, pp. 145-152 y 158-161.